

Voces de Homenaje

DEL PBRO. JAVIER NARANJO VILLEGAS

La Universidad Pontificia Bolivariana ha conmemorado en estos días las Bodas de Plata con la muerte de aquel hombre que se llamó **Manuel José Sierra**, y ahora está celebrando las Bodas de Plata con el sacrificio y con la lucha de ese otro varón egregio que se llama **Félix Henao Botero**, su segundo rector.

La muerte del primero hizo cundir el desaliento: la familia bolivariana, todavía pequeña, más parecía un ejército en dispersión que en marcha. Pero el segundo rector dio la voz de marcha, y las huestes se congregaron otra vez y arrancaron acentos místicos a la desaparición del primer caudillo para tomar impulso en la marcha ascensional, bajo la insuperable conducción de este capitán que hoy llega a los 25 años de gobierno.

Decir qué ha sido este gobierno rectoral de Félix Henao Botero es pleonástico, porque Monseñor Henao Botero es sinónimo de verbo, de dinamismo, de energía, de iniciativa, de acometividad, de realización. El primer rector le imprimió a la Universidad, en los días germinales, el ímpetu ascensional, y el segundo lo ha acrecentado, enriquecido y agujoneado.

Pero hay un aspecto un poco desconocido y que es el que nosotros queremos hacer resaltar en este jubileo: el del sacerdote rector. Quizás la explicación de la monolítica construcción y funcionamiento de la Pontificia Bolivariana es que sus dos rectores han entendido su misión en función de apostolado. La rectoría no ha sido para ellos una posición burocrática sino una empinada colina, desde la que ellos han ejercido la cura de almas sobre una muchachada que ha constituido su feligresía. Por eso su rectorado ejercido en función de servicio. Pero circunscribámonos ahora solamente al segundo rector. El, antes que rector, ha sido sacerdote y así le han visto todos los bolivarianos durante estos 25 años. De ahí su múltiple acción: aconseja, amonesta, dirige, corrige, visita diariamente todas las unidades universitarias, lleva palabras de ánimo al espíritu deprimido por la pena, se hace presente en clínicas y hospitales para visitar a sus bolivarianos enfermos; multiplica los vínculos sagrados del amor; bautiza los renuevos que llamamos

nietos bolivarianos; constantemente se le ve en el camposanto despidiendo a los que parten; y alterna su rostro severo con la risa llena y el chiste, no siempre fino, que hace reír a carcajadas.

Es una figura humana, querida, cordial, acogedora.

Alguna vez le oímos decir que todas las noches, antes del reposo, examina su conciencia sobre este tópico: **Qué he hecho hoy por la U.P.B.?** Y esta es la expresión del rector que se ha dado todo al claustro y que no ha vivido sino para el claustro, en cumplimiento del emblema paulino: "Todo para todos".

De ahí la justicia con que la familia bolivariana ha celebrado fervorosamente esta feliz efemérides: los 25 años de rectorado del querido Monseñor Félix Henao Botero. Como en la anécdota guerrera, nosotros hoy vamos al sepulcro del primer rector para decirle: **Manuel José Sierra, aquí estamos.** Y estamos porque con nosotros ha estado, durante estos 25 años, **Félix Henao Botero.**

DEL PBRO. JAVIER PIEDRAHITA ECHEVERRI

Nos encontramos reunidos para participar en la primera Santa Misa concelebrada que se realiza en la Bolivariana con el fin de glorificar a Dios por medio del sacrificio de Cristo y darle así gracias al celebrar los veinticinco años de Rectoría del Ilustrísimo Monseñor Félix Henao Botero.

"Correspondiendo la concelebración a la índole comunitaria y social de nuestro tiempo y tendiendo ella a expresar cómo la Eucaristía es el centro y símbolo de la unidad de la Iglesia y del Sacerdocio al mismo tiempo que la índole comunitaria del sacrificio eucarístico y el carácter colegial y ministerial del sacerdocio, el misterio de la unidad cristiana, la unión entre el clero y los fieles en torno a un mismo altar y celebrando un solo sacrificio" como comenta el benedictino Franqueza, ningún acto más apropiado para que la Universidad celebre vuestro jubileo rectoral. Como celebrante principal representais a Cristo, Sacerdote y Pastor, quien preside esta Asamblea ya que como Rector de esta Universidad Católica vuestra principal misión es la de comunicar a Cristo a todos los miembros de la comunidad universitaria para que ellos a su vez lo irradien en los diversos campos de las múltiples actividades.

Os acompañan como concelebrantes sacerdotes que en otro tiempo fueron vuestros colaboradores o que trabajan ahora unidos a vos en la difícil tarea formativa de la juventud. Ellos representan a todos los sacerdotes que aquí han trabajado o trabajamos actualmente para dar un testimonio de cómo la Bolivariana es una obra del apostolado del clero secular de la Arquidiócesis de Medellín que decretó su fundación por medio del Excmo. Señor Tiberio de J. Salazar hace treinta años y ha continuado apoyándola y proveyéndola de sacerdotes a tra-

vés de sus dos grandes Cancilleres Excelentísimos Señores García Benítez y Botero Salazar.

Los sacerdotes somos instrumentos de Cristo. Aquí concelebrando estamos manifestando la unidad del sacerdocio para servir al pueblo asegurándole la presencia de Cristo. Esa unidad de nuestro sacerdocio debe tener como consecuencia la unidad en el apostolado. La unidad predicada por Cristo en la última Cena como señal de ser sus ministros en la oración sacerdotal es condición indispensable para la eficiencia de estos ministerios colectivos y ella ha sido una de las normas en vuestra misión rectoral.

Delegaciones de todas las secciones de la Universidad están al rededor del altar, representando a los muchos profesores, estudiantes y empleados que han integrado la Bolivariana, muchos de los cuales gozan ya de la paz eterna.

El Seminario de Medellín y la Pontificia Gregoriana de Roma os dieron la estructuración espiritual, intelectual y moral que os ha capacitado para el ejercicio ministerial en estas lides universitarias. El estudio de la Teología, en el que os doctorasteis, os dio el sentido genuino de vuestro sacerdocio pues según la enseñanza de Pío XII "el sacerdote debe ser ilustro en la verdad de Cristo e inflamado en su amor", Sólo así con esa doble condición de conocimiento y amor al patrimonio cristiano la Teología se hace "operante y santificante". Los estudios de Derecho Canónico en los que igualmente os doctorásteis os enseñaron que la sacerdotalidad del Derecho Canónico está en que su disciplina se dirige toda a buscar la salvación de las almas. La formación litúrgica os preparó para ser el ministro público del culto católico teniendo que admirar los que os conocemos la gran unción y piedad con que desempeñáis las funciones sacerdotales.

Los estudios filosóficos os dieron a entender que la filosofía no puede olvidar el mensaje cristiano ni éste olvidar la filosofía ya que ambos dan respuesta a los grandes problemas humanos. La Pastoral os preparó en ese arte y ciencia sobrenaturales para que pudierais ser apóstol de Cristo. El ejercicio de vuestra rectoría no ha sido una mera mecánica administrativa sino que ha tenido ese carácter pastoral de buscar siempre en todas vuestras actuaciones la gloria de Dios y la salvación de las almas. Sabemos que a vos acuden muchas personas en busca de consejo y de consuelo porque saben que encuentran a un sacerdote de Cristo, lleno de fe y que confía plenamente en la gracia divina. Los estudios sociales que iniciásteis en Bérgamo, vuestra natural capacidad para la oratoria y el periodismo, os dieron la oportunidad de ser uno de los pioneros en Antioquia, y quizás en Colombia de las organizaciones obreras de acuerdo con la doctrina pontificia, del periodismo católico y del apostolado a través de la radio. En vuestro rectorado habéis podido realizar todos estos programas sociales dando así pleno cumplimiento a la naturaleza social de la Universidad.

Habéis sido así un sacerdote auténticamente moderno en este sentido que de manera tan admirable nos describe José Straudinger en su obra "Sacerdote Santo". Según él, "la dignidad del sacerdote está en lo eterno, su cometido en lo temporal. La justa esfera de la activi-

dad sacerdotal está allí donde lo eterno linda con lo temporal, donde ambos se penetran mutuamente. La iglesia insiste en la cura ordinaria frente a cualquier otra actividad extraordinaria, extravagante y problemática y exige una clara preferencia por la vida interior del sacerdote sobre cualquier otra preocupación externa. Hombres sin tradición raras veces son grandes hombres. El sacerdote es del todo actual cuando sabe sentir la verdad y tener en cuenta lo que de eterno hay en el corazón humano. Lo verdaderamente actual para el sacerdote resulta ser por tanto el juicio de la Iglesia antes que los experimentos privados; lo cimentado en la tradición antes que la novedad fraudulenta; siempre y en todas partes lo más indicado es la propiedad de la divina distribución de la gracia antes que cualquier otra cosa”.

A la luz de estas ideas podemos afirmar que habéis sido un sacerdote actual. La fundación de la Bolivariana en la que tuvisteis parte tan efectiva y orientadora, las realizaciones que habéis logrado en vuestros veinticinco años de rectoría tanto en la creación de nuevas facultades y secciones como en el sostenimiento de las que ya existían, la afiliación de la Bolivariana a las grandes organizaciones universitarias de Colombia, de América y del mundo, de algunas de las cuales habéis sido miembro fundador, la influencia que tiene hoy en la sociedad colombiana la Bolivariana a través de sus organismos y de los egresados de sus aulas, nos hablan muy claro de como habéis sido un verdadero apóstol del evangelio de Cristo, que no pasa, que es eterno y por lo tanto siempre actual.

Celebramos estas fiestas jubilares en la Pascua que es la fiesta de las fiestas católicas, la puerta de acceso a la vida de Dios, la fiesta que eclipsa todas las fiestas. “La pascua es la cruz, dice Odo Casel, pues la cruz es la gran encrucijada que mira en dos direcciones; hacia la mortificación de la carne de pecado y hacia el triunfo de la vida divina”.

Alcanzando el misterio pascual su más alto grado de expresión de la Eucaristía tanto en su aspecto de comida creadora de la comunidad como en el de sacrificio ofrecido por los redimidos podéis como lo habéis hecho todos los días de vuestra vida sacerdotal, mezclar en la patena y el cáliz de la Santa Misa, los dolores, sufrimientos y torturas que habéis padecido en vuestros años de rectoría, los que llenando lo que faltó a la Pasión de Cristo según la expresión Paulina, se tornan redentores y por tanto fecundos con fecundidad sobrenatural y alegres con triunfos de Pascua.

La Misión confiada por Cristo a su Iglesia que nos enuncia el evangelio de hoy, de “predicar y bautizar” ha tenido en vos un intrépido apóstol pues esa fe que se nos da en el bautismo y que la Iglesia transmite por el ministerio de la predicación ha informado siempre esta Universidad Pontificia Bolivariana que fiel a sus orígenes y fines como Universidad Católica se ilumina, como lo cantó el autor de su himno, por el “Lucero de Cristo en Belén”, marcha bajo el imán de la cruz uniendo en puente de amor la Patria y la Iglesia y haciendo que los hombres vivan el misterio de la Redención.

DEL PBRO. FERNANDO GOMEZ MEJIA

La Universidad Pontificia Bolivariana acaba de cumplir un deber de justicia con su Rector Magnífico, Monseñor Félix Henao Botero. Sus veinticinco años al frente de la Rectoría de la Universidad lo han hecho merecedor a la gratitud perenne no sólo en Antioquia sino de la República. Monseñor Henao Botero no ha sido un rector común. Se trata de un hombre providencial en la Universidad. Ciertas instituciones y ciertos hombres brotan de las manos de Dios como auténticos testimonios de una Providencia divina que se hace presente en la historia de manera sorprendente. Una de esas instituciones y uno de esos hombres excepcionales han sido, en nuestro medio colombiano, la Universidad Pontificia Bolivariana y su Rector Magnífico, Monseñor Henao Botero.

En tiempos aciagos para la universidad colombiana surgió la Universidad Pontificia Bolivariana hija de la responsabilidad cristiana y patriótica de un puñado de estudiantes, del fuego apostólico y de la voluntad de hierro de Monseñor Manuel José Sierra y del alma serena y varonilmente pastoral del Excelentísimo Señor Tiberio de J. Salazar y Herrera.

Muerto Monseñor Sierra, el timón de la gran universidad pasó a las manos expertas, celosas, prudentes, optimistas y laboriosas de Monseñor Félix Henao Botero. Desde el primer momento Monseñor se convirtió en el alma ardorosa de la Universidad. Bajo el impulso fortísimo del rector actual, la Universidad ha ido creciendo vertiginosamente como el árbol de la parábola evangélica hasta convertirse en institución gigante de la patria. Esto se explica por la manera como el ser de Monseñor se ha fundido con la Universidad. No creemos que vuelva a haber en la historia de la Universidad un rector que la ame tanto como el actual. Para él la Universidad hace parte integral de su vida: sueña continuamente en ella, por ella se sacrifica sin medida, goza inmensamente con sus progresos, sufre con sus problemas y vive elucubrando en su mente clara e inquieta nuevos avances, nuevas metas de superación, nuevas realizaciones y nuevas glorias para la que es pedazo de sus entrañas.

Las dos grandes inspiradoras de su acción maravillosa, modeladora de mentes y corazones, han sido la Iglesia y la patria. Monseñor ve la Universidad permanentemente dentro de estos nobilísimos marcos. Como patriota integérrimo ha ido enraizando en las entrañas de la juventud el amor y la veneración por la patria. Como sacerdote de acentuado espíritu apostólico y eclesiástico contempla la Universidad a manera de hermoso campo de siembra divina y bastión fortísimo del pensamiento cristiano y de la acción apostólica de la Iglesia. El ha comprendido la necesidad que tiene la Iglesia de dominar el campo de la cultura para conquistar el mundo para la fe de Cristo y de lo quimérico de la empresa, mientras en cada país civilizado no haya una legión de profesionales con mentalidad genuinamente católica.

Está convencido él, como lo observaba Newman, de que "la Iglesia católica ha sido constituída por la misericordia de Dios, como

una simétrica contrapartida presente y visible, única contrapartida de la percepción sensorial. El mundo es un rudo enemigo de la verdad espiritual. Las verdades más importantes, la existencia de Dios, la certidumbre de la recompensa futura, las exigencias de la ley moral, la realidad del pecado, la esperanza de socorros sobrenaturales, tienen realmente en la Iglesia su único y valiente defensor”.

La Iglesia es la encargada de iluminar ese mundo del espíritu y poner al vivo delante de los ojos su delicada belleza para que las almas la vean, la sientan, la amen y la vivan; y así la cultura como la vida misma sean la síntesis justamente dosificada de materia y espíritu, de tierra y cielo.

Este equilibrio, expuesto a inestabilidad, se afirma en la sociedad cuando los hombres cultos, sus directores natos, lo afirman en sí mismos con el ilustrado y vital sentimiento de la armonía entre la razón y la fe, de la insuficiencia de la naturaleza para resolver los problemas humanos, de la necesidad concreta de la doctrina y moral católica para que las posibilidades se actualicen y se realice el ideal del auténtico progreso y de la siempre anhelada felicidad.

Nadie puede valorar suficientemente la eficacia apostólica que los profesionales formados por la Iglesia, desarrollan entre los católicos a quienes con su autoridad confirman en la fe y con su ciencia y ejemplo ilustran y defienden de los ataques de la incredulidad. Delante de los no creyentes desempeñan, así mismo, un papel definitivo de testimonio cristiano que, a no pocos, abre el camino del encuentro con Dios y del feliz hallazgo de la fe.

Precisamente ha sido ésta la preocupación permanente de Monseñor en la rectoría de la Universidad: convertirla en forja de pensamiento cristiano y en fortaleza de una cultura medularmente católica que mantenga vigentes en todos los organismos patrios los principios del dogma, de la moral y de la filosofía católica.

No saben los enemigos de la Iglesia y sus acusadores gratuitos cuánto ha hecho ella por Colombia a través de sus dos universidades pontificias. Sin estos baluartes del patriotismo y del pensamiento católico ya nos hubiéramos hundido definitivamente en el caos. Las universidades católicas en un país luchan más eficazmente por la patria que miles de soldados sobre las armas. Sin derramar sangre, sin atentados terroristas, sin alardes de violencia, sin tumultos amenazantes, nuestras universidades católicas, a diferencia de otras, han librado resonantes batallas por la paz, por la concordia y por el progreso de la república. Y uno de esos capitanes insignes ha sido en Colombia Monseñor Félix Henao Botero. El ha mantenido vivo en el corazón de miles de estudiantes el fuego sagrado del amor a la Iglesia y a la patria y allí está el secreto de la grandeza de la Universidad Pontificia Bolivariana y de la eficacia de sus servicios en la conservación y defensa de la fe católica así como de la integridad jurídica y del honor de la patria. Por esta razón, Monseñor ha conquistado puesto de honor entre los distinguidos apóstoles de la Iglesia colombiana y preclaros hijos de la nación.

Monseñor Henao Botero y su Universidad comprueban una vez más la injusticia de quienes tildan a la Iglesia de oscurantista y han

demostrado que es una mera leyenda la oposición entre la ciencia y la fe y el miedo de la Iglesia a las conquistas de la razón. La armonía entre la Iglesia y la cultura es visible a través de los siglos. Del hecho son testigos formidables las universidades católicas y entre ellas, la nuestra que, gracias al dinamismo apostólico, al acendrado humanismo y al infatigable laborar de su rector "magnífico" ocupa puesto de honor entre las universidades de América y ha escrito ya una brillante historia de servicios a la Iglesia y a la patria.

Nuestra modesta voz no pretende igualar el coro de quienes con verdadera autoridad por su categoría de eruditos y por la dignidad de sus investiduras realmente enaltecen la obra maravillosa de Monseñor Henao Botero en la rectoría de la Universidad. Nuestra voz es únicamente la voz de un discípulo agradecido, de un amigo sincero y de un admirador de sacerdotes de la talla de Monseñor Henao Botero, siempre dignos, siempre responsables de su misión divina y a quienes los años acrisolan en la ciencia y en la virtud para gloria de Dios, bien de sus hermanos, impulso de la cultura y beneficio inmenso de la patria. Bien por los honores tributados a Monseñor Henao Botero. Los merece porque son flores del jardín de sus virtudes y gajes amables y honrosos de una vida consagrada por entero al deber.

El mejor elogio de Monseñor Henao Botero consiste en afirmar que su rectoría en la Universidad Pontificia Bolivariana ha dejado muy en alto el nombre del sacerdote católico y ha clavado muy hondo en el alma juvenil el amor de Iglesia y el amor de patria. Por eso le han oído hablar tanto los universitarios de Cristo y de Bolívar.

DEL DOCTOR FERNANDO GOMEZ MARTINEZ

Ha querido Monseñor Henao Botero, dignísimo rector de la Universidad Pontificia Bolivariana, iniciar estas charlas, que no son otra cosa que charlas, conmigo, a través de la Oficina de Relaciones Públicas de la Bolivariana, esa dependencia moderna pero ya necesaria en toda empresa, de cualquier carácter que sea.

Soy un bolivariano integral, pero en uso de buen retiro; una especie de tío-abuelo, de los actuales universitarios; y Monseñor ha querido que yo hable de los comienzos de la Universidad y dé mis impresiones de aquella época.

La idea de la Universidad Católica se venía contemplando en la Curia Episcopal de Medellín desde tiempos antes de la fundación. Pero no había fraguado, como no ha fraguado la idea de un partido católico en que muchos de los colombianos han pensado en diferentes épocas. Ese partido no parecía necesitarse y no digo porqué para no enredar esta charla con la política.

Lo propio estaba ocurriendo con la empresa de la Universidad Católica. La práctica concordataria en la enseñanza oficial y el respeto

que se tenía y que se sigue teniendo en los colegios tanto oficiales como particulares en relación con las doctrinas católicas, no parecían indicar como necesaria la creación de la Universidad Católica.

Pero en 1936 se presentaron en la Universidad de Antioquia, mi alma universidad, ciertas dificultades con parte del profesorado y del estudiantado y entonces se vió que había llegado la hora de pensar en la fundación de la Universidad.

Fue entonces cuando el Arzobispo Salazar y Herrera creó una junta que estudiara esa fundación. Para ello se contaba con material humano de primera calidad; un numeroso grupo de estudiantes y un decidido grupo de profesores. La cosa marchó y ya de lo que se trataba era de darle forma y de arrancar.

Un pequeño problema: el nombre. Por entonces muchos estudiantes habían calentado el culto por la memoria del Libertador y por sus doctrinas políticas. El bolivarianismo estaba de moda pero esa corriente tenía por aquella época cierto olor político para algunos. Ser bolivariano según la época era algo que se relacionaba con el movimiento de José Antonio en España. Bolívar se enarbolaba por algunos como un emblema de esas corrientes; naturalmente no por todos. Esos estudiantes, los más decididos del bolivarianismo de 1936 pedían que la Universidad se llamara Bolivariana. Pero por otro lado la idea anterior era que se llamara Universidad Católica. El nombre de Bolivariana se pensó, podría tener un cierto cariz político que le creara a la institución alguna resistencia. El nombre de católica iba más lejos quizás de lo que las circunstancias pedían; a pesar de lo dicho no satisfacía ese nombre solo a la juventud. Fue entonces cuando alguno sugirió que llevara los dos nombres; asociar los dos adjetivos y de ahí nació la Universidad Católica Bolivariana.

Por ahí está fijado en uno de los muros de la Facultad de Derecho, en un cuadrito, la boleta que el Dr. Alejandro Angel Escobar, dirigió al administrador del edificio, tal vez Granada se llamaba o se llama, para que pusiera a las órdenes de la nueva Universidad el segundo piso de ese edificio.

Como ustedes ven, se fundó la Universidad en el barrio de Guayaquil de nuestra ciudad, barrio tenido en no muy buen concepto por los medellinenses, aunque como en todo hay allí comercio honorable, gentes buenas y honradas, hogares muy bien constituidos, estudios de artistas y también todo lo que ustedes saben.

En el piso bajo, cafés, tiendas, bullanga; arriba, lo que significa una Universidad: estudio, sacrificio, moral. Las dos cosas no se mezclaron a pesar de la juventud. Como es de suponer, el profesorado trabajó los primeros meses gratuitamente porque no había con qué pagar. Se tenía todo menos dinero. Había competencia, decisión, interés patriótico pero faltaban las finanzas; y las finanzas vinieron por medio de una junta creada por Monseñor Sierra para que se entendiera con ellas.

El alma de todo eso era Manuel José Sierra. Un hombre virtuoso, dinámico, de extraordinarias capacidades intelectuales, querido

por la juventud, respetado por Medellín. El pues, fue el primer rector de la Universidad; Universidad que según las palabras del Maestro Guillermo Valencia, nació gigante.

En efecto, al año siguiente, la demanda de matrículas superaba todas las aspiraciones y eso que no estaban aprobados los estudios y que los enemigos gratuitos de la nueva fundación anunciaban que esos estudios no serían reconocidos por el gobierno. Sin embargo, la juventud tenía confianza y se matriculó caudalosamente.

La presentación en sociedad fue en la procesión de Corpus, del año siguiente. Con su vistoso uniforme negro y rojo, presidida la Universidad por Monseñor Sierra, el decano de Derecho y todo el profesorado, desfiló desde la Basílica, entonces Catedral de Medellín, subiendo por la calle de Bolivia y recorriendo otras calles en medio de la admiración del público. Era con verdadero regocijo como las gentes miraban aquella nueva comunidad bien vestida, con una banda de guerra estupenda, que participaba en la procesión de Corpus, y como lo dije, estaba presentándose en sociedad. El desfile fue el primer éxito ante la vista.

Pero no todo fue ventura. A poco de funcionar la Universidad murió uno de los elementos principales de la fundación. El Dr. Juan Evangelista Martínez, como dije, decano de Derecho, gran jurista, exmagistrado de la Corte Suprema de Justicia, por muchos años del Tribunal de Medellín, gran profesor y persona de gran alcurnia social. Era ese un golpe para la sociedad. Fue reemplazado por el Doctor Guillermo Jaramillo Barrientos, quien por muchos años hizo honor a aquella decanatura.

Pero algún tiempo después fue Monseñor Sierra quien moría. Ese golpe era todavía más duro para la Universidad y causó un impacto en los círculos estudiantiles, en el profesorado, en la sociedad, en el clero, porque era un golpe, que como dije, daba demasiado duro sobre la vida de la incipiente Universidad.

Y como si fuera poco, Monseñor Salazar y Herrera, un hombre que sirvió mucho a la causa de la educación en Antioquia, fallecía también. Parecía que la Providencia nos estaba probando pero evidentemente nos estaba asistiendo.

Cuatro días después de la muerte de Monseñor Sierra fue nombrado el Doctor Henao Botero; nuestro Monseñor Félix Henao Botero. Era el indicado. El Arzobispo no titubeó; apenas terminados los funerales de Monseñor Sierra, ya tenemos nuevo rector de la Bolivariana. Y la labor de Monseñor Henao Botero ha sido fecunda para la Universidad. Más fecunda que la de Monseñor Sierra porque le ha correspondido dirigir por 25 años —ahora estamos conmemorando sus bodas de plata rectorales— aquellos claustros ilustres.

Lo que ha seguido de la Bolivariana está a la vista. A la primera facultad que era la de Derecho y a la sección de Bachillerato (fundada al año siguiente) vinieron a sumarse a poco la de Química, la de Arquitectura, la de Filosofía, la de Ingeniería Eléctrica, que se yo, ya hasta se me olvida el número de todas las facultades y escuelas que tiene la Bolivariana.

Y un gran beneficio para Medellín. Ahora que estamos recordando los 350 años de la fundación de la ciudad, leerían todos, que la ciudad, el pueblo de San Lorenzo fundado en El Poblado, había sido trasladado al ángulo que forman el río Medellín y la quebrada de Santa Elena. Y allí se mantuvo por siglos; parecía constreñida la ciudad por un zapato chino. Medellín no atravesaba el río. Fue la Bolivariana la que se lanzó mediante su Junta Económica a comprar unos terrenos que se tenían por palúdicos, por invivibles, por anegados y la fundación de la Bolivariana fue el despertar de todos esos barrios modernos y bellísimos que quedan al occidente del río Medellín.

Ese gran servicio de haber roto el zapato chino y de haberse expandido, se le debe a la Universidad Pontificia Bolivariana. Porque se me olvidó el detalle: a los pocos años de esta fundación, la Santa Sede consideró que debería tener la prececa y la prerrogativa de ser Universidad Pontificia.

En cuanto al fruto dado ha sido abundante. Muchos de los egresados de la Universidad Pontificia Bolivariana han ocupado los más altos puestos. Ha habido candidatos presidenciales, gerentes del Banco de la República, gerentes de las más importantes empresas industriales del país, magistrados de la Corte, gobernadores, ministros, congresistas y todos los profesores vemos con satisfacción ese fruto de la Universidad. El profesorado es como una especie de paternidad intelectual y a los que fuimos profesores nos satisface ver a nuestros discípulos ocupar los más altos puestos. Y vaya este recuerdo sencillo y desgreñado en homenaje a las bodas de plata rectorales de Monseñor Félix Henao Botero.

DEL DOCTOR JOSE MEJIA Y MEJIA

Los más altos centros y meridianos de la cultura universitaria nacional se asocian férvidamente al merecido homenaje que el claustro pontificio bolivariano tributa al Ilustrísimo Señor Félix Henao Botero, Rector Magnífico del egregio plantel que se encuentra próximo a cumplir seis lustros de existencia fecunda, consagrados en forma tesonera a la formación cristiana de las nuevas generaciones de la patria y aun de otras latitudes del continente americano.

Monseñor Félix Henao Botero recibió la Universidad Pontificia Bolivariana apenas en boceto porvenirista, aunque ya Monseñor Manuel José Sierra había colocado las primeras piedras angulares de su fe inquebrantable en la obra iniciada, de trazos gigantescos y perfiles no imaginados. Por motivos bien explicables apenas se vislumbraba la maravillosa arquitectura intrínseca de la Universidad Pontificia Bolivariana —la exterior aún no se había diseñado— y Monseñor Henao Botero fue entonces la nueva voluntad para canalizar esfuerzos, energías, ensueños y decisiones, sin que una sola duda, vacilación o escepticismo detuviera la marcha resuelta de un ejército místico que conjugaba auste-

ras jerarquías del claustro, profesores y educandos situados en francas órbitas de impaciencia creadora.

Desde los augurales instantes o presagios de la espléndida fundación, Monseñor Henao Botero adivinó perspicazmente los alcances futuristas de la tarea emprendida, y supo acrecer en todo minuto la gran fuerza espiritual y anímica que Monseñor Sierra había infundido a las primeras piedras de aquella extraordinaria fábrica de almas, de varones rectos, de patriotas integrales y de profesionales que hacen honor al país en los diferentes y variados ámbitos en que prestan sus eficaces servicios a la sociedad colombiana. Las culminaciones docentes y pedagógicas de esta hora jamás pudimos sospecharlas quienes aportamos a la gesta inaugural por lo menos el grano de firmeza de nuestras convicciones ortodoxas, y también los más limpios ímpetus moceriles que siempre prefieren ir aladamente en pos de inasibles quimeras, antes que incrustarse o gastarse en mediocres, opacas o manidas realidades.

Ha sostenido Monseñor Henao Botero la fuerte lumbrera de su indesatiable amor al claustro pontificio bolivariano y con ejemplar celo científico ha hecho de él una severa atmósfera de modelación de hombres nuevos, tanto en la moderna sabiduría profesional como en la escultura de sus almas, para que presten a la patria el generoso servicio de sus luces y conocimientos, pero también ese invaluable servicio de su conducta intachable que lo eleva y enaltece en los plurales cuadros de las clases dirigentes. La cultura de un pueblo es tarea persistente, tenaz y común de aquellas unidades superiores que influyen poderosamente en un medio social, que lo purifican, que lo desvulgarizan y dignifican. José Ortega y Gasset pondera la función histórica de la Universidad en nuestros días como centro de ilustración del hombre, porque según él "hoy atravesamos —con ciertas presunciones y apariencias—, una época de terrible incultura, y nunca tal vez el hombre medio ha estado tan por debajo de su propio tiempo, de lo que éste le demanda. Por lo mismo, nunca han abundado tanto las existencias falsificadas, fraudulentas. Casi nadie está en su quicio, hincado en sus auténticos destinos".

La Universidad Pontificia Bolivariana está hondamente sumergida en las grandes problemáticas del mundo actual y conoce con toda amplitud y minucia los complejos interrogantes de la realidad colombiana de esta hora, cuyos urgentes cuestionarios nos están exigiendo día tras día soluciones inmediatas, fórmulas de implacable eficacia. Monseñor Henao Botero sabe como ninguno que la universidad moderna no puede divorciarse del mundo externo que la rodea, ni tampoco puede habitar un etéreo universo científico, instructivo o informativo que no ofrezca respuestas concretas a muchas preguntas de los fenómenos que con más furencia y rigor rozan nuestra vida e inquietan nuestra mente.

Las bodas de plata rectorales del Ilustrísimo Señor Félix Henao Botero, no sólo sirven para realizar el fértil y estupendo balance de una obra meritísima, como la que ha cosechado el claustro insigne, sino también para presentar una vez más ante la faz del país la imagen exacta y fulgurante de la excelsa fundación, que continúa siendo un milagro de la acción silenciosa, callada y heroica de la nobilísima familia

bolivariana que le dio el primer aliento, que sigue prolongándose espiritual y moralmente en el espacio y en el tiempo. Monseñor Félix Henao Botero ha sido para la Universidad Pontificia el fuego inextinguible de una mística permanente.

DEL DOCTOR IGNACIO BETANCUR CAMPUZANO

Ante todo, agradezco la oportunidad que me da la Universidad Pontificia Bolivariana para exponer algunas ideas a través de esta entrevista que está llevando a cabo su Depto. de Relaciones Públicas.

En cuanto a su pregunta, yo diría que la Universidad no es que contribuya al bienestar social y económico del país, sino que éste depende en gran parte de la Universidad. Me explico: No puede concebirse ningún desarrollo sin quién lo dirija y los dirigentes de un país se forman, en su gran mayoría, en la Universidad.

La industria colabora en la formación de los profesionales egresados de la Universidad porque les da la oportunidad de ejercer su actividad en un sector del desarrollo colombiano que cobra todos los días mayor importancia. En todas nuestras empresas los profesionales de todas las carreras están incorporados como dirigentes administrativos, económicos, financieros, técnicos, sociales, etc.

Los documentos pontificios son, especialmente en nuestros días, objeto de estudio y de aplicación por todos los pensadores y líderes de cualquier clase política, confesional o científica a que pertenezcan. Observe usted que las doctrinas más aparentemente separadas de las directrices pontificias coinciden con éstas en muchos postulados. Y, de todos modos, no hay dirigente que quiera penetrar y realmente conducir su pequeña o grande comunidad hacia un fin alto y noble, que no tenga por fuerza que terminar propendiendo por la elevación de los valores humanos, que es en resumen la esencia del pensamiento pontificio.

La Universidad Pontificia Bolivariana ha contribuído con lo que más interesa al bienestar del país y que no sólo interesa sino que es, como decía antes, la esencia de su conquista: aportar dirigentes con sólida formación, con claras miras de su responsabilidad en el mundo en que a cada cual le toca actuar. La Bolivariana ofrece ejemplos extraordinarios en este sentido.

Un Departamento de Relaciones Públicas como el que tiene la Universidad es el vínculo dinámico del Alma Mater con el mundo que la circunda. Se establece así una interrelación entre uno y otra para lograr el significado verdadero que tiene la palabra "universidad", o sea

compenetrarse del ambiente para conocer su realidad y compenetrar el ambiente con las grandes ideas que movilizan los universitarios para transformarlo si fuere necesario y conservar los valores que deben ser consagrados.

El futuro económico del país cuenta con unas bases sólidas que se han logrado en los últimos meses. Tenemos despejado el panorama internacional para mover la inversión, aumentar el empleo y reconquistar la confianza de nuestros necesarios acreedores. Pero será indispensable continuar en el esfuerzo que tanto el Gobierno como los sectores de la producción y los trabajadores han realizado, a fin de que no se pierda lo ya conquistado y, por el contrario, se supere, con lo cual se logrará un mayor desarrollo.

Los 25 años de rectoría de Monseñor Félix Henao Botero están indicando cómo una obra se agiganta por la mística irradiante de un líder. Tal vez no he conocido a ningún dirigente que en tan largo tiempo mantenga la obsesionante idea de hacer de su obra lo mejor y lo más destacado para el servicio del país. La prueba es que quienes conocimos al Padre Henao lo encontramos hoy con el mismo entusiasmo y con la misma dedicación en el empeño de que la Universidad sea vida y savia de la nacionalidad.

DEL DOCTOR JORGE BOTERO OSPINA

Cumple en estos días sus Bodas de Plata como Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana, Monseñor Félix Henao Botero, y como desde mi posición de miembro de la Junta Económica de la Universidad, he sido testigo de su consagración y desvelos, de su tremendo celo por todo lo que toca con esta benémerita institución educacional, y como he sido al mismo tiempo observador de las grandes realizaciones conseguidas, quiero hacer este pequeño comentario, un poco descarnado y realista, de algo de lo mucho que Monseñor Henao Botero ha hecho durante el ejercicio de su mandato.

Primero: Creación o anexión de nuevas facultades y dependencias docentes. Citaría entre ellas la de Arquitectura y Urbanismo, la de Ingeniería Eléctrica, la de Filosofía y Letras, la de Ciencias de la Educación, la de Ingeniería Mecánica, la de Servicio Social, la de Arte y Decorado, la de Humanidades y la de Ciencias Sociales. Además el Bachillerato Vespertino, el Instituto de Teología y el Social de Líderes Apóstoles. También la Cooperativa Estudiantil, la Cooperativa de Profesores y Empleados y por último, la Emisora Cultural de Radio Bolivariana, hoy moderna y eficiente.

Si se considera que la Universidad tenía 700 estudiantes en el momento en que Monseñor tomó las riendas de ella como su rector, y

hoy tiene 6.163, es necesario considerar el ímprobo esfuerzo que implica haber podido conseguir y mantener el profesorado, los edificios, la dotación y en general, todo lo que exige una Universidad como la Pontificia Bolivariana, en un país como el nuestro, tan lleno de limitaciones, escaso presupuesto, reducida capacidad económica de las personas, a quienes corresponde costear la educación, exiguas ayudas oficiales, créditos insuficientes frente a las grandes necesidades, demanda permanente de nuevos cupos para atender a una población creciente y a una mayor necesidad de capacitación de sus gentes. A todo esto se le ha podido hacer frente pero es necesario seguir siempre contando con la colaboración de buena voluntad del público, que en todo momento ha tenido presente a su Universidad.

Celebremos con la Pontificia Bolivariana, la llegada de su Rector a esta fausta efemérides; comprendamos los grandes y permanentes problemas que el rodaje de una institución como ésta genera y colaboremos en bien de nuestro país y de sus gentes en la obra que él, con tanto celo e inteligencia realiza. Y hagamos votos porque logre siempre mantener ese ánimo que en la Universidad y sus egresados existe y que se ha llamado el Espíritu Bolivariano, que no es otra cosa que el permanente deseo de superación, la firmeza en las ideas y los principios, el respeto por las ideas de los otros, y el orden como base insustituible de estabilidad y de progreso.

DEL DOCTOR JUAN MEJIA URIBE

Cada aniversario de la Universiadd Pontificia Bolivariana constituye para quienes tuvimos el honor de figurar en la nómina de fundadores, un motivo de regocijo a la vez que un timbre de honor.

Corría el año de 1936 y era necesario que el profesorado y la juventud, que no participaban con ideas extrañas en nuestra patria, tomaran una determinación firme. Ella se tomó y de ahí nació la Universidad Pontificia Bolivariana, habiéndose instalado como bien sabéis, en un edificio que Don Alejandro Angel Londoño nos prestó en la carrera Bolívar. Recordar el momento en el cual Monseñor Sierra tomó posesión por designación que le hizo el Excelentísimo Señor Arzobispo Salazar de la rectoría, es algo que aún hoy conmueve a quienes participamos en ese acto.

Por nuestra propia voluntad, los profesores y los alumnos nos filamos desde la entrada de la carrera Bolívar, hasta el segundo piso, para hacer una calle de honor a Monseñor Sierra. El llegó y desde el primer momento nos dió la voz de mando, que no era otra sino ésta: "La Universidad se ha fundado, la Universidad tiene que ser grande".

Posteriormente y éste es un dato que aún creo no se conoce, todos los alumnos asistíamos a las clases y éramos nosotros mismos quienes nos encargábamos de ver que nadie faltara, es decir, ejercíamos el mismo control que hoy se ejerce por medio de las listas pero

en forma voluntaria, y en forma que queríamos destacar, que nuestra labor no iba a ser una cosa pasajera.

Otro dato curioso es éste: Quienes en ese entonces cursábamos el segundo año de Derecho recibíamos estadística. Nuestro primer profesor era el Dr. Jorge Rodríguez en la Universidad de Antioquia, pero al trasladarnos a la entonces Universidad Católica Bolivariana, nuestro profesor lo fue el Doctor José María Bernal, de tan grata memoria. No teníamos ni un solo tablero y el Doctor Bernal no podía darnos las explicaciones en un aforma amplia como esta materia lo exige. Entonces los alumnos de segundo año, poniendo cada uno de nosotros una cuota de veinte centavos adquirimos el primer tablero que tuvo la Universidad Pontificia Bolivariana.

Sin estar reconocidos los estudios, todos los que participamos como alumnos fundadores, presentamos nuestros exámenes y los preparamos quizás con un mayor entusiasmo que lo que se hace comunmente. Recordamos perfectamente que los mismos profesores nos advirtieron que serían muy exigentes porque era una de las formas de demostrarle al gobierno nacional, a la ciudadanía y especialmente a la sociedad de Medellín, que tan gratamente había recibido la fundación de la Universidad Bolivariana, que aquello no era una escuelita de Derecho más, sino el principio de una gran Universidad para el bien de la educación colombiana.

Posteriormente los estudios fueron reconocidos y fue naturalmente un día de fiesta para nosotros porque nuestro esfuerzo daba así el primer fruto.

Como estamos celebrando los 25 años de rectoría de Monseñor Félix Henao Botero debemos referirnos algo a este hecho.

Monseñor Henao Botero, mejor, el Padre Henao Botero fue nuestro profesor en la Universidad de Antioquia primero de filosofía del Derecho y posteriormente de Derecho Canónico. El desde el momento mismo en que se inició la fundación, participó activamente con los profesores y los estudiantes para que no desmayaran y para que siguiéramos adelante. Recuerdo perfectamente, que un día a las 7 de la mañana nos encontramos con él, un grupo de estudiantes en la plazuela de San Ignacio, y nos dijo: "Muchachos, en esta semana tendremos nuestra nueva Universidad; en esta semana continuaremos nuestras clases de Derecho Canónico", y así fue; las continuamos y él fue el profesor hasta la terminación de los estudios de esa materia.

La obra de Monseñor Henao Botero es extraordinaria, pero yo diría que se admira más la parte de la sensibilidad social estudiantil que cualquiera otra, porque si la Universidad ha avanzado, si la Universidad cuenta con magníficos edificios, si la Universidad tiene hoy sus bibliotecas y sus laboratorios, esa obra, cualquiera puede hacerla. Pero si la Universidad conserva su espíritu, si el estudiantado de la Universidad como lo demostró el año pasado estudia, es un ejemplo para Colombia, si en esta tierra existe un baluarte de la inteligencia y del estudio, todo se debe al rector que ha sabido infundir en el espíritu del estudiantado el espíritu bolivariano como él tan claramente lo define. Es decir, el amor a la Universidad, el amor a los estudios, el deseo que

cada día nuestra Universidad sea más grande para bien de la religión y de la patria.

DEL DOCTOR CARLOS ARANGO HOYOS

La Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana, fue el organismo fundador y actualmente es en el campo intelectual quien lleva la vocería de nuestra Universidad.

Está superándose a cada momento, más por cuanto que sus profesores son de una distinción intelectual y de una moral profesional a toda prueba. Además, el estudiantado ha sabido corresponder con esfuerzo y con investigación. En este mismo campo de la investigación que ha sido tan escasa en la Universidad colombiana, hoy tenemos varios departamentos dirigidos por expertos, principalmente en los años con que se inicia la carrera para aplicar sistemáticamente la técnica.

Hay departamento de investigación en lo civil, en lo penal, en lo social y todos los días iremos avanzando más en este campo tan difícil. Existe también la prueba trimestral y la semestral y por último la final, que compromete al estudiante a marcar día a día el adelanto en cada materia. Por lo mismo, el resultado final ha sido muy satisfactorio.

La carrera de Derecho que parecía haber venido a menos, sin embargo hoy tiende a florecer y el dato más importante es el de las muchas vocaciones que se han presentado en estos años. Actualmente la Facultad de Derecho tiene más de 260 alumnos; este número nunca lo habíamos tenido.

Sin embargo ha habido también necesidad de cerrar algunos cupos contra nuestra voluntad por falta de espacio físico. Pero esto también se irá remediando en el futuro.

Como la Facultad de Derecho se relaciona tan ítimamente con otras facultades humanísticas, estamos en un plan de integración con Sociología y con Seguro Social.

Hay que recordar en este momento y con mucha efusión de palabras y de corazón, el nombre de Monseñor Félix Henao Botero, quien cumple 25 años de rectorado en este mes. Para nosotros siempre ha sido una figura cumbre; la sociedad así lo ha considerado y la Universidad lo tiene como su primer puntal porque muestra un dinamismo y una capacidad que los años mismos no han pasado sobre él.

El agradecimiento es de profesores y de estudiantes y realmente no hay palabras suficientes para demostrar el agradecimiento y el relieve que tiene la Universidad por su obra y por su mandato.

Doy a nombre del estudiantado y del profesorado, especialmente la Facultad de Derecho, los agradecimientos y las felicitaciones a Monseñor Félix Henao Botero.

DEL DOCTOR JOSE SANIN ECHEVERRI

Qué satisfacción debemos sentir todos los vinculados a la Universidad Pontificia Bolivariana, con ocasión de las Bodas de Plata Rectorales del muy ilustre Monseñor Félix Henao Botero.

Monseñor se ha distinguido siempre desde su juventud como gran estudioso, gran publicista, filósofo profundo, admirable teólogo. Como filósofo se recuerdan todavía los extraordinarios debates del Seminario y la Universidad Gregoriana de Roma, lo mismo que sus escritos y sus cátedras profesoras. Lo caracterizó siempre un profundo ánimo de estudio, el interés de la difusión de las doctrinas nuevas, no demostrar temor ante los movimientos filosóficos modernos sino analizarlos, desmenuzarlos, explicarlos a sus discípulos, hacer que refutaran lo que no estaba bien y no darle temor de que asimularan lo que era correcto.

Ha sido Tomista, tal vez el primer Tomista de Medellín en muchos años pero nunca ha sido retardado en el movimiento de la filosofía. Y como teólogo y orador sagrado, ha sido extraordinariamente admirable. Sus estudios profundos encontraron alguna dificultad para expresarse cuando era muy joven, y el fuego que tenía adentro no tenía el instrumento perfecto de la palabra encendida para hacer un orador completo. Sin embargo, como Demóstenes, logró vencer la dificultad de su lengua y desde los primeros años de su carrera sacerdotal llegó a ser un orador maravilloso.

La Teología la estudiaba, pero no por el sólo deseo de conocer los arcanos de la divinidad desde el punto de vista del estudioso, sino desde el punto de vista del cristiano. Ha realizado en su vida aquella sabiduría máxima de la Imitación: "De qué te sirve conocer los misterios de la Trinidad, si no tienes humildad y por lo tanto no agradas a la Trinidad".

Ha sido gran estudioso pero gran humilde; y ha tenido en su estudio y en su práctica de la Teología el ejercicio de la caridad. Ha aumentado, ha concretado el dicho de Kempis, practicando aquello de qué te sirve la teología, si no tienes caridad. Ha sido el teólogo de la caridad. Y como publicista los más antiguos recuerdan a Juan de Juanes; con éste seudónimo publicó en semanarios, revistas y periódicos diarios, artículos que conmovieron en su época la opinión. Después ha sido siempre el apóstol de la pluma; aún en estos momentos en que se siente abrumado por las responsabilidades inmensas de la rectoría de una Universidad, llena de problemas, no deja de escribir las famosas pláticas de cuaresma, que son leídas, comentadas y admiradas en todo el país. Y cada plática de cuaresma contiene un ejemplo, una enseñanza, una doctrina y una iniciativa.

Como publicista no podemos olvidar la gran labor que realizó en el que fue el diario "El Pueblo", en el "Obrero Católico" y en tantos otros periódicos seculares de esta ciudad.

Pero la realización completa de su personalidad y de su apostolado no estaba en la oratoria ni en la cátedra ni en la publicidad. La Providencia muchos años antes de que se fundara la Universidad Boli-

variana, cuando todavía nadie pensaba que esto pudiera realizarse, ya tenía preparado el camino e hizo que hubiera una pareja singular formada por el que hoy llaman Monseñor Sierra, en aquellos tiempos conocido como el Doctor Sierra y el Doctor Henao Botero. Félix Henao fue el Juan, el discípulo amado de Monseñor Manuel José Sierra; supo captarle en la cátedra los principios profundos del Doctor Sierra, supo reconocer su extraordinaria personalidad, aprendió de él el don de mando, ejercido con prudencia, con caridad, pero con fortaleza, y caminaron juntos; Sierra y Henao Botero, preparando, sin saberlo, lo que había de ser la gran Universidad Pontificia Bolivariana. Fue siempre el colaborador más cercano del Padre Sierra y cuando ya la Universidad nació casi de la nada, estuvo al lado del primer rector.

Era su alter ego, era su brazo derecho, y como Dios tenía previsto que el Doctor Sierra, ya Monseñor, sería segado en medio de su juventud y la Universidad sería privada de ese coloso que le dió el primer aliento, ya estaba preparando providencialmente el sucesor y en su lecho de muerte el Doctor Sierra por conductos verdaderamente llenos de seguridad hizo saber al Señor Arzobispo de Medellín que su sucesor sería el Doctor Félix Henao Botero.

No hubo solución de continuidad; murió Monseñor Sierra pero Monseñor Henao Botero siguió inmediatamente en la brega, haciendo que la Universidad creciera, se desarrollara, que continuara la memoria de su primer fundador, pero que no se detuviera contemplando esa memoria augusta, sino que siguiera adelante y es así como culmina ahora una etapa magnífica de 25 años de rectorado de la Universidad. Casi creemos que ninguna otra Universidad puede mostrar un rectorado tan largo y fecundo.

La parte académica le debe la creación de nuevas facultades, siguiendo la orientación ya dada desde un principio de buscar profesiones técnicas para la juventud colombiana. Muchos años después de que la Universidad Pontificia Bolivariana hubiera visto esta realidad y hubiera iniciado la solución de ella creando las nuevas facultades, los organismos internacionales han venido a enseñarnos que en Colombia necesitamos técnicos, que es la tecnología la que puede salvarnos. Afortunadamente, nuestra Universidad dirigida por Monseñor Henao Botero había dado ya pasos en firme en este sentido y la patria le debe mucho por este concepto.

Y en la Universidad en estos 25 años han brillado debido al Señor Rector, la disciplina y el espíritu de trabajo. Qué ejemplo admirable ha dado esta rectoría de poder dirigir miles y miles de estudiantes dentro de la libertad, con todo el derecho a opinar, pero respetando la autoridad; no haciendo motines ni conmociones ni huelgas, sino estudiando siempre, día tras día, hora tras hora, no perdiendo el tiempo ni defraudando la familia y haciendo que sea grande la Universidad.

Y esto se ha logrado gracias a que Monseñor Henao Botero comprende a cabalidad el espíritu de la juventud y sabe influir admirablemente sobre los estudiantes. Influir para el bien, influir para que hagan una Universidad y una patria grande. Y lo hemos visto siempre estos 25 años un día y otro día, lleno de inquietudes, resolviendo problemas admirablemente, ayudado, no hay duda, por la Providencia y

haciendo que esta Universidad se haya convertido en lo que es hoy, orgullo de la patria, orgullo de Antioquia, orgullo de Medellín, orgullo de la Iglesia, gracias a su rectorado admirable, pero hay una cosa más; en sus años juveniles, indudablemente Monseñor Henao Botero fue amigo y conoció de cerca a un personaje admirable de la Iglesia y que casi se ha convertido en un personaje del floclor antioqueño: Monseñor Marulanda.

Monseñor Marulanda era el brazo derecho del Arzobispo Cayzedo, y era el hombre que unía la piedad, el estudio, la ciencia, a un espíritu práctico, pragmático verdaderamente desconcertante. Monseñor Marulanda fue el hombre que hizo la hoy Basílica de Medellín; manejaba las finanzas de la Arquidiócesis con un sentido antioqueño, verdaderamente lleno de sabiduría y con una práctica para los negocios que la envidiarían muchísimos gerentes. Y tal vez, Monseñor Henao Botero, en sus años de infancia se forjó la meta de que su sacerdocio debía ser semejante a aquel otro grandioso Monseñor Marulanda. Y así, superándolo en muchos aspectos, ha logrado igualarlo en aquel aspecto de ser el Monseñor práctico, que sabe cuantos centavos tiene un peso, el Monseñor que sabe como se hace un edificio, el Monseñor que sabe manejar una junta económica.

Yo he presenciado la labor que desde la Junta Económica ha realizado Monseñor en estos años y verdaderamente me siento desconcertado por su gran dosis de sentido práctico, por su gran talento financiero.

Al llegar pues a esta cima de los 25 años de rectorado de Monseñor Henao Botero, alabemos al varón preclaro, que ha dado su vida, su entusiasmo, su alma toda a la Universidad Pontificia Bolivariana, en donde se le quiere, se le respeta, se le sigue y cuya memoria vivirá para siempre en los bolivarianos y estos claustros que lo tendrán en este siglo y en los siglos futuros como uno de sus grandes forjadores.

DEL DOCTOR JOSE ALVEAR SANIN

El mejor elogio que puede hacerse de un hombre es el de su obra y la obra de Monseñor Félix Henao Botero es la Universidad Pontificia Bolivariana. No fue, es cierto, su fundador y su participación, aunque muy importante, no fue decisiva en su creación. Pero le tocó dirigirla desde el propio comienzo, primero como auxiliar indispensable y luego como rector, conservando esta posición durante un cuarto de siglo hasta darle todo el sentido y dignidad de Universidad a la modesta institución que recibiera a la muerte de Monseñor Sierra. En consecuencia Monseñor Henao Botero es realmente un constructor. Su personalidad recia es la de un creador de realidades: saca de muy pocos elementos una complicada ejecución y luego la entrega a una comunidad necesitada.

Esa vocación de constructor es muy ardua y pocas veces alcanza resultados tangibles. Primero por la dificultad inherente a toda

realización y luego por la facilidad con que puede destruirse la obra de largos años. Contados son entonces los realizadores que pueden gozar viendo perdurar lo que han formado. A estos pocos pertenece Henao Botero. El ha tenido el raro privilegio en Colombia de hacer obra y de poder presenciar su desarrollo y proyección.

Somos los colombianos amigos de destruir los proyectos antes de que empiecen a cuajar y de encontrar mil argumentos seductores para atajar cualquier empeño. Frente a esta manera de ser son pocos los que logran sacar adelante una obra y más pocos aún los que reciben reconocimiento por ella. En Monseñor Henao Botero se ha quebrado esta injusta suerte ya que ha impuesto admirablemente su pensamiento frente a la mezquindad que ha querido confinar su instituto a un orden secundario y además ha logrado el reconocimiento general de la sociedad antioqueña.

Y de qué manera merece aplauso su labor! Ha sido múltiple, pero se ha librado de la dispersión porque su propósito se ha centrado en la formación de una Universidad. Es en primer lugar sacerdote: Sin descuidar las almas ha dado preferencia al estudiante. Es escritor y bueno, pero ha concentrado su esfuerzo en la enseñanza. Es pedagogo magnífico y organizador carismático. Todas esas dotes prefiguran al conductor universitario, es cierto, pero dispersadas en distintos campos hubieran hecho de él un hombre sobresaliente como tantos otros. Tuvo entonces el talento de reunirlos en un solo propósito para crear algo duradero, diferenciándose de la mayoría de sus compatriotas, a los cuales la divagación en tantas materias les resta la posibilidad de dejar memoria perdurable.

No hablemos del hombre ya que nos interesa la obra. La Bolivariana, dentro de las limitaciones que le impone su pobreza, es una Universidad mayor y una casa de cultura dignísima. Ha demostrado que es posible educar dentro del orden ya que en Colombia en los últimos años hemos concluido que el desorden es inherente a la educación cuando no hemos calificado al desorden como el único título válido para la educación. Esa característica de orden, de la cual arrancan el respeto entre estudiantes y profesores, el sentido jerárquico de la relación universitaria y la referencia del egresado frente al claustro, se conserva en nuestro país en cuatro o cinco lugares y donde se mantiene con mayor brillo es en la Bolivariana. Bastaría esa sola característica para enorgullecer a la institución, pero hay otras no menos admirables y que se tocan con el orden. Este no es solamente el elemento de decoro que se ha perdido en la mayor parte de las universidades colombianas, sino que implica una serie de normas organizativas sin las cuales se hace imposible desarrollar alguna labor eficaz.

Por ejemplo, la Universidad Bolivariana se lamenta educadamente de su pobreza cuando observa el premio que el Estado otorga a las entidades díscolas, pero es discreta como una buena ama de casa. Cada peso que recibe lo gasta parsimoniosamente, haciéndolo durar, pero no pregona su admirable economía diciendo que ésta u aquella paga dos por lo que vale uno o que la tercera lo gasta todo en el sostenimiento de una amplia burocracia melenuda donde encuentran cobijo todos los que no sirvieron para nada. Estoy seguro de que ésta Univer-

sidad nunca se quejaría de su estrechez si la distribución de los aportes oficiales no fuera, a todas luces, tan insensata, injusta, incomprensible y centralista.

Para brindar educación a muchos cobra poco y para no menoscabar la calidad de la enseñanza exige que se confundan profesorado y apostolado. Su estipendio es flaco pero enaltecedor y honroso.

Imparte la Bolivariana una instrucción sencilla por estar convencida de que la educación, como arte, exige claridad, verdad y belleza como querían los escolásticos. Allá no prospera el eufemismo, la logomaquia y el lenguaje pedante del falso tecnicismo.

Se ha puesto la Bolivariana, sobre todo, al servicio del estudiante ya que considera que los alumnos deben terminar los estudios con todos los requisitos académicos para salir al servicio del país. Los muchachos regresan agradecidos al Alma Mater una y otra vez, seguros de hallar siempre una acogida cálida.

Siendo una institución católica prefiere el alma sin despreciar el cuerpo. La política del momento no la inquieta, no le importan, ni la izquierda ni la derecha ya que no ha olvidado que también hay arriba y abajo, polos más interesantes, también llamados postrimerías.

Todas estas características de la Universidad Pontificia de Medellín, y otras que no analizo, se sintetizan en la expresión ya popular de "espíritu bolivariano", que es algo intangible, generoso y grato y que yo me permito definir como el recuerdo que cada egresado se lleva de Monseñor, proyectado en la vida y referido al compañerismo.

DEL DOCTOR JUAN PELAEZ SIERRA

Rector de la Universidad de Medellín

Estamos aquí reunidos aquí en un acto estrictamente universitario, lejos de intereses subalternos y de banderías políticas, para expresar nuestra simpatía y reconocimiento a una labor académica de veinticinco años continuos.

La de Monseñor Félix Henao Botero, nuestro homenajeado, se distingue por ser la tarea de un estudioso de probada vocación para la investigación y la docencia; de un noble afán por aparejar la especulación sobre cuestiones filosóficas con el análisis de las cuestiones prácticas en las que el estudiante y el maestro se entregan a la obra común, que es el auténtico vivir universitario; por entender que la evolución histórico-social impone a la Universidad y a sus miembros —profesores y alumnos— una lúcida toma de conciencia sobre el papel que la Universidad debe desempeñar respecto del país y del mundo contemporáneo; por preocuparse con el tema y el problema de la Universidad, en la que es necesario que maestros y alumnos miren hacia el futuro con el dinamismo del cambio social que se experimenta y en beneficio de los altos ideales humanísticos, de plena adhesión a la li-

bertad y respeto por el hombre y por sus creaciones, sin apartarse de las normas del Supremo Creador.

Porque dentro de esa probada vocación como investigador, nos ha demostrado que la juventud estudiosa actual no es ni tan mala ni tan buena como la quieren pintar: hay de todo, como en cada tiempo. Pero en general nos enseña que ésta de ahora es más consciente, aun en medio de su apatía aparente, que lo fueron las generaciones pasadas. Sólo que esta misma apatía puede obedecer a no encontrar en lo político algo tan sugestivo como para renunciar al egoísmo. Sino que por eso es interesante ofrecer a la juventud fórmulas que la atraigan en el diálogo cordial, y atraída, es lo suficientemente generosa y sincera como para no buscar ventajas y en posiciones personales. Que la juventud lo que no quiere son políticas fracasadas, por las que no arriesgaría ni una sola hora de tranquilidad, ni posturas de conformismo obligado. Quieren, porque eso lo han querido siempre las gentes jóvenes, ser ellos los protagonistas en la defensa de las fórmulas que les convienen y hay que dejarlos.

Cada generación debe hacerse responsable de su tiempo. Pero en esto también sin exagerar, pues no es cuerdo confiar a manos, a veces demasiado inexpertas, la solución de los problemas más trascendentales, ni hacerles creer que ellos, los jóvenes, en formación todavía, son el ombligo del mundo. Que para llegar a resultados positivos debemos aspirar a una juventud preparada, sólidamente preparada, capaz de atraer por su pasión y por sus razones. Y eso sí, no regatear con ellos un solo esfuerzo, pero sin halagarlos en exceso, que en la vida también cuentan otros valores, que ellos mismos deben aprender a apreciar y a respetar. El principio sentado por Cervantes, en el prólogo de la segunda parte de *El Quijote*, contestando a unos mozalbetes que le achacaban su demasiada edad para hacer algo importante, ha revivido en su condición de educador, Monseñor Henao Botero, y es aquél que dice: “Y hase de advertir que no se escribe con canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años”.

La mayor parte de los trastornos que se producen en las juventudes universitarias se debe a una falta de autenticidad, a una falta de verdad. “El mundo de hoy —ha dicho el Papa Paulo VI— es de confusión y equívoco”, y ciertamente así lo es. Hay como una subversión de valores en que casi nadie está donde debe estar; casi nadie es como debe ser. Parece que las fatigas que trae la época moderna lo sacan de su órbita. Por eso una de las labores universitarias más importantes está en centrarse en el principio del equilibrio, tan necesario para que cada uno vuelva a encontrarse a sí mismo, dentro de su vocación y en relación con la comunidad que lo rodea y dentro de la cual debe actuar. Para que aprenda que el político debe ser político al servicio de una ideología, ya que sin ideología no hay política sugestiva. El estudiante debe ser estudiante y no querer ser obrero, porque eso no es verdad. Que la mujer profesional casada debe disponerse a ser la mejor casada de la tierra, sin buscar evasión fuera del centro de su vida hogareña y profesional; y la soltera, igualmente dentro del centro de su vida familiar y su actividad profesional. El profesor, profesor de verdad, en uno de los más sublimes llamamientos, que es el enseñar. Es

decir, que cada egresado, para no enumerarlos en sus múltiples actividades, siga su vocación, la vocación que ha elegido, y se centre en ella.

Y así hemos visto cómo el Rector Magnífico ha cumplido aquellas tres características fundamentales que le dieron los fundadores a esa austera Casa de Estudios que se llama la Universidad Pontificia Bolivariana: de ser católica, ser social y ser docente.

Monseñor: al expresar a usted el testimonio de nuestra simpatía y adhesión hacemos votos porque podamos seguir afirmando que la Pontificia Bolivariana cumple a plenitud la triple función de educar a la juventud para servir a la comunidad, de conservar nuestro patrimonio cultural y de ensanchar, por medio de la investigación, las fronteras del conocimiento.

DEL DOCTOR IVAN CADAVID OROZCO

En el año de 1950, cuando asistíamos a las bancas ilustres de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana (en aquel entonces en la Avenida La Playa, donde hoy se levanta el imponente edificio Gualanday), al iniciarse la cátedra de Derecho Canónico a las once de la mañana tres días por semana, los alumnos del curso sentíamos una grata satisfacción, debida más a la sobria personalidad y destreza del profesor, Monseñor Félix Henao Botero, que al interés que podía tener el curso en sí mismo.

Figura admirada. — Cuando la imponente, respetable, magra y aguileña figura del Rector Magnífico se situaba frente a nosotros, discípulos expectantes, comenzaba el mejor de los interludios en medio de la aridez de las jornadas estudiantiles. Evocar esa clase de Canónico que maravillosamente nos dictaba “el Cura Henao”, es revivir ahora uno de los recuerdos más imborrables que todo estudiante bolivariano ha guardado del ilustre educador, junto con aquel otro ser, todavía hoy firme y vibrante voz, condensación insustituible de las ideas que surgen inagotables de su veneranda cabeza de constante paladín del derecho: el profesor Miguel Moreno Jaramillo, de quien también fuimos sus discípulos afortunados.

El Rector Magnífico. — De porte admirable (raza de nobles la suya), gentil en el seño, mesurado el andar, inquieta la mirada, agradable la conversación, sarcástico, francote (llama al pan, pan y al vino, vino), y con el afirmativo lenguaje metálico para el bien, Monseñor Félix Henao Botero que estos días es noticia por la conmemoración de sus Bodas de Plata al servicio de la Universidad Pontificia Bolivariana, cree, con razón, que no sólo de pan vive el hombre. Al igual que el inefable Padre García Herreros, hace milagros con la plata y como ministro de hacienda, seguramente nos hubiera sacado, por algún desecho de la penuria fiscal en que vivimos, que nos tiene con cinturón amarrado, permanentemente.

El milagro bolivariano. — Nadie explica cómo con oraciones y limosnas (las matrículas, pensiones y auxilios, sólo sirven a las universidades para pagar, en parte, los gastos de sostenimiento), Monseñor Félix Henao Botero, que en realidad “sí es un rector magnífico”, haya podido realizar el milagro bolivariano, con la asesoría de los distintos miembros de la Junta Económica de la Universidad. Bajo la rectoría espléndida y progresista de “Moncho” (como lo llaman en la intimidad muchos discípulos), se edificó la moderna ciudadela universitaria bolivariana integrada por un grupo confortable de edificios donde funcionan las distintas facultades técnicas, a la vez que también se construyó el edificio donde funcionan actualmente la Rectoría, la Facultad de Derecho y el Bachillerato Vespertino en el centro de la ciudad.

De pura cepa. — Natural de La Ceja, semillero de hombres ilustres, de Juan de Dios Aranzazu, del insigne poeta Gregorio Gutiérrez González y de un formidable hombre de empresa infortunadamente ya fallecido, José María Bernal, Monseñor Henao Botero, no podía ser inferior a la buena fama de los cejeños y en realidad “se salió con las suyas”. Así, desde la Rectoría de la Universidad Pontificia Bolivariana que asumió el 20 de marzo de 1941, siendo decano de Bachillerato en la misma, ha adelantado una obra gigantesca y titánica, gracias a la cual, la Universidad Pontificia Bolivariana se alza ya sobre un sólido pedestal de magnas realizaciones que se destaca con honor en el panorama nacional e internacional como una de las más trascendentales realizaciones de la cultura católica en América.

Ni huelgas ni reinas. — Sin embargo, la más meritoria tarea cumplida por Monseñor Félix Henao Botero, que estos días congratula el país por sus desvelados servicios a la juventud universitaria, es que ha logrado mantener a la Universidad Pontificia Bolivariana al margen de ese ambiente de farándula y de trapacería que infortunadamente ha invadido vastos sectores de la enseñanza pública y privada en Colombia. Por eso, en los claustros bolivarianos nunca, en ninguna época, ha habido ni reinas ni huelgas. Y nada más lógico que esta sensatez bolivariana por la lucidez de la inteligencia de Monseñor, del Monseñor Henao Botero, tan familiar y tan conocido, por su permanente ejemplo de consagración al estudio, por la majestad que emana de su persona como irradiación de su sabiduría y de sus virtudes, y por que su propia vida es una constante invitación al perfeccionamiento de quienes lo rodean. Y el egregio rector bolivariano ha conseguido que su Universidad, nuestra Universidad, siga siendo, en medio de tanto desorden, holgazanería y maquetería organizada, lo que Monseñor Manuel José Sierra quiso que fuera siempre la Bolivariana: “Una congregación de estudiantes responsables, escogidos para sacar de ellos varones insignes, ilustradores de la república con sus grandes letras y en los puestos que se merecen, donde se profese en primera instancia la doctrina católica, acompañada de cánones y de leyes para el bien político”.

Católica, apostólica, colombiana. — Preocupación esencial de Monseñor Félix Henao Botero durante cinco lustros de vinculación pro-

vechosa a los claustros insignes bolivarianos que fundara en 1936 Monseñor Tiberio de J. Salazar y Herrera, ha sido el que la institución prestigiosa sea siempre un seminario de la doctrina tomista, que es no sólo la inexpugnable ciudadela amurallada que defiende el dogma contra los más furiosos embates del llamado racionalismo, sino lo que, al destacar la dignidad de la persona humana y las consecuencias que esa dignidad conlleva en el orden moral, social y político, culmina en la doctrina del bien común, base granítica de la verdadera justicia distributiva dentro de la libertad, por su oposición no sólo a la estéril e infecunda demagogia, sino a la esclavitud del ser humano en aras de un sediento Estado, que no es, al fin y a la postre, sino el grupo de déspotas de turno.

Rector polifacético. — Quienes hemos sido discípulos afortunados de Monseñor Félix Henao Botero, no olvidaremos nunca su oratoria sagrada; en él, totalmente cerebral y fundamentada en su inmensa erudición de políglota, de doctor en teología, en filosofía en letras, en varios derechos y ahora Doctor Honoris Causa, de escritor y de señor del idioma. Dechado de virtudes espirituales, esclarecido maestro de juventudes, apenas comparable a Monseñor Castro Silva y al Padre Isidoro López, escritor erudito y ameno en sus “Pláticas de Cuaresma” ya tradicionales en la prensa nacional, es acreedor a nuestra gratitud, a nuestra admiración, a nuestro afecto, y al de todos los bolivarianos, no tanto por sus egregias dotes, cuanto por la sabiduría y apostolado con que ha mantenido en alto la gloriosa tradición de respetabilidad, de servicio y de honestidad de los claustros bolivarianos.

El Rector de siempre. — Estos son los gratos recuerdos que de Monseñor Henao Botero, con su ancha faja morada sobre la cintura, amplia sonrisa de satisfacción permanente, de regaños convincentes y consejos acertados, como que de él los recibimos muchas veces, ocasionados en nuestras intrépidas actuaciones de periodistas estudiantiles en esa época memorable, guardamos tantos discípulos suyos, recuerdos que se avivan en estos días solemnes en que Antioquia, que tiene su cuna histórica en la Bolivariana que él ha regentado por veinticinco años, le rinde el más merecido y noble de los homenajes.

DEL DOCTOR EFE RAUL TAMAYO BETANCUR

“Id y enseñad a todas las gentes” fue el mandato postrero con que el Maestro de maestros ordenó a sus discípulos, y en ellos, a sus sucesores, ir a conquistar al mundo para la Buena Nueva.

Veinte siglos pasados son testigos de cómo aquella orden se ha venido cumpliendo maravillosamente. En cada lugar y en cada momento histórico, ha surgido un maestro, un enviado, un predestinado para esa gran labor educadora.

Preguntádselo a esa chiquillada que, pura y bulliciosa, cada mañana, atruena con sus gritos de inocencia los campos de las Preparatorias. Preguntádselo a los estudiantes del Bachillerato, que, ansiosos de saber, acuden presurosos a las aulas donde aspiran a beber ciencia infinita. Preguntádselo a los universitarios, a los profesionales, a los sacerdotes, a los padres de familia. Todos dirán a una enardecidos: Antioquia tiene un maestro que se llama Félix Henao Botero.

Maestro. Es esta la más apropiada forma de llamar al Rector Magnífico de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Bien podría no ser Protonotario Apostólico, ni Prelado Doméstico de su Santidad. Atrás podrían quedar el doctorado Honoris Causa autorizado recientemente por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, y sus lauros doctorales en Sagrada Teología y en Derecho Romano conferidos por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Las Palmas Académicas, de Francia; la Orden de Alfonso X el Sabio, de España; la Cruz de Boyacá, de Colombia, son apenas, algunas de las condecoraciones con las cuales diversos Gobiernos han querido reconocer ese magisterio constante de Monseñor Henao Botero.

Maestro desde su juventud. Apenas llegado de la Ciudad Eterna fue escogido por sus superiores para regentar las cátedras de Sagrada Teología y Filosofía en el Seminario Conciliar de Medellín. La Normal Superior de Institutores lo conoció en sus primeras experiencias como capellán de juventudes difíciles. Y la Universidad de Antioquia fue su mejor escuela para la dirección de universitarios. Allí lo encontró el año de 1936. El 15 de septiembre marcaría un hito imperecedero en su gloriosa existencia. Desde entonces acá su vida se confunde con la de la Pontificia Universidad Bolivariana: profesor fundador, decano de bachillerato y por último rector.

Monseñor Henao Botero ha sido el maestro de una larga generación de bolivarianos.

Maestros de primaria y secundaria, profesores universitarios, estudiantes de todos los cursos y todas las secciones, han aprendido lecciones de vida de ese gran formador de caracteres.

Baste sólo mirarlo allá, en esa Rectoría siempre abierta, dispuesto a todas horas para atender a sus "queridos bolivarianos". Grandes o pequeños, ricos o pobres, negros o blancos, católicos, hebreos o protestantes, todos son recibidos de la misma manera; escuchados atentamente, y todos reciben de sus labios la más correcta solución para sus problemas.

Quienes hemos tenido el honor de estar bajo su egida no podemos olvidar sus llegadas a la Preparatoria. Su diálogo con los maestros es el diálogo de un Maestro. De sus labios brotan a borbotones la Pedagogía y la Sicología Infantil.

En Bachillerato escuchamos al profesor experimentado y recursivo. Al amigo del estudiante descuidado y problemático, al orientador por excelencia.

Los profesores universitarios, reunidos en memorable oportunidad en el antiguo Palacio Arzobispal, escuchamos de sus labios torren-

tes de sabiduría práctica para la solución de los conflictos de nuestros educandos.

Pero su Magisterio perenne no se ha circunscrito a la Bolivariana: Antioquia y Colombia le deben grandes enseñanzas a nuestro Rector Magnífico. Sus "Pláticas de Cuaresma" son ya tradicionales y la prensa nacional las reclama impaciente. Sus publicaciones didácticas traspasaron ha mucho los linderos patrios y llegaron hasta la culta Europa, en donde han merecido los más elogiosos comentarios. Incapaz de guardar para sí el caudal de conocimientos histórico-eclesiásticos que su mente encierra, creó la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica, que ya comienza a dar su espléndida cosecha.

Ha sido la de Monseñor Henao Botero, la vida de un Maestro; y para bien de la Patria, la Iglesia y nuestros hijos pedimos al Eterno la conserve por muchos lustros más, enseñando a todas las gentes.

DEL ESTUDIANTE ALBERTO LONDOÑO GONZALEZ

El señor jefe de Relaciones Públicas de la Universidad Pontificia Bolivariana, mi compañero de estudios Don Jairo Restrepo, ha tenido la gentileza de invitarme a tomar parte en el justísimo homenaje que está rindiendo nuestra querida Universidad a su ilustre y egregio Rector, Monseñor Félix Henao Botero con motivo de sus 25 años de sapientísima dirección del claustro que ha sido, es y será orgullo de la Iglesia y de la Patria.

Quiénes ha habido y habrá que se ocupen de analizar el ejemplar espíritu sacerdotal de tan insigne prelado de la Iglesia de Cristo; quiénes que enaltezcan sus virtudes de ciudadano integérrimo; quiénes que con galanura intelectual describan para las generaciones del presente y del futuro la biografía del caballero sin tacha, del batallador constante, del orientador seguro, del celoso guardián de la heredad pontificia y quiénes ha habido y habrá, en fin, que coloquen en la historia admirable de nuestra Arquidiócesis y de Antioquia unas páginas brillantes sobre el hombre que ha sido personificación perfecta de la constancia, de la tenacidad, del desvelo, de la inquietud, del decoro, de la lucha y del amor a un ideal: Monseñor Félix Henao Botero.

Para cumplir mi intento no he querido tomar como tema ninguno de esos atributos admirables que se conjugan en el Señor Rector, prefiriendo que otros los desarrollen con maestría, con erudición y en forma que esté a la altura del homenajeado.

He preferido, en cambio, ocuparme del amigo. Del amigo sincero, del amigo servicial, del amigo constante, del amigo cordial, del amigo que se entrega con plenitud en aras de la lealtad para hacer el bien a manos llenas y derramar el lenitivo de sus consejos prudentes, de sus amonestaciones firmes, de sus advertencias sensatas, de sus consuelos generosos y de sus voces de aliento a quienes hemos tenido el

privilegio de pertenecer con alma, vida y corazón a la gran familia bolivariana.

Monseñor Félix Henao Botero es amigo de todas las horas. Amigo a quien se acude con confianza porque sabe inspirarla; amigo que, aunque revestido de la altísima dignidad de Protonotario Apostólico, es igual para todos y a todos atrae con ese cariño que tan particularmente lo distingue.

Comparte, Monseñor, con jovialidad cordial las alegrías de los triunfos de aquellos a quienes él llama con cariño “mis muchachos bolivarianos”. Allí está el amigo... Cuántas veces se le ha visto también llegarse hasta las soberbias mansiones o los humildes dinteles de éstos o aquéllos de sus “muchachos bolivarianos” cuando la tragedia —que no distingue— ha sentado sus reales, para confortar con su presencia, consolar con su cariño paternal y aún dejar el recuerdo de alguna lágrima que él enjuga siempre bendiciendo a Dios. Allí está también el amigo...

Su sala rectoral está siempre abierta para el diálogo cordial. A ella se llega con el respeto que siempre inspira el comando de una nave inmensa que navega segura, porque seguro es su capitán.

En el revuelto escritorio alternan presupuestos, horarios, informes, comunicaciones, recuerdos de familia, textos, breviario, consultas, “pláticas de cuaresma”, estatuillas y objetos para él de singular aprecio y la pluma egregia, esa pluma que le ha servido para firmar con orgullo y con firmeza aquello que como a Rector le corresponde o para vaciar en los moldes de nuestras letras castellanas el copioso testimonio de su fe inquebrantable en Dios, de su fe ciega en la Divina Providencia, de su fe constante en la Universidad, de su fe en la grande de la Patria.

Allí en la rectoría se encuentra siempre al amigo de todas las horas y para él es un descanso espiritual compartir la amistad con sus alumnos, siempre haciendo derroche de gentileza, sobre todo con aquellos más necesitados.

Los designios de Dios son inmensos: permitieron ellos que para salud y bendición de la patria, surgiera en buena hora la augusta Universidad Pontificia Bolivariana, de la cual bien puede afirmarse con el Evangelio: “Por sus frutos los conoceréis”. Señalaron para su fundación a quien en nuestra silla metropolitana se distinguió como “el Arzobispo de la educación”; situaron en la Rectoría a Monseñor Sierra, “el carácter hecho virtud” y al traspasar éste el túnel sombrío de la muerte, dejando huérfanos los claustros universitarios, tomó el timón el varón de la amistad en cuyo pecho bulle la entereza espiritual, el desvelo constante, el fervoroso empeño de luchar y de triunfar, conduciendo la nave con seguridad y maestría hacia los puertos seguros del éxito.

Que Monseñor Félix Henao Botero, el amigo invariable, continúe recibiendo de la Divina Providencia la ayuda infinita que en 25 años de apostolado rectoral le ha prodigado con largueza y que, en medio de la abundancia de congratulaciones que ha venido recibiendo de todos los confines de la patria y del exterior, permita, Monseñor, esconder este mi modesto mensaje, pletórico de gratitud, de sinceridad, de amistad y de, orgullosamente lo proclamo, espíritu bolivariano.

Que el amigo que para mí ha sido el Señor Rector durante mi paso por la Facultad de Derecho, lo sea también mañana cuando, en mi vida profesional, procure yo, con la ayuda de Dios, ser un bolivariano de tiempo completo, honrando a la Universidad con el decoro, con la dignidad y con la hidalguía que aquí, en los claustros bolivarianos, permanentemente impregnados del dinamismo del Señor Rector, se nos ha inculcado a todos.
